

Reseñas

JOSEF FLECKENSTEIN, *La caballería y el mundo caballeresco*, en colaboración con Thomas Zotz, incluye un estudio sobre la caballería castellana de Jesús Rodríguez-Velasco, traducción de José Luis Gil Aristu, Madrid: Siglo XXI, Real Maestranza de Caballería de Ronda, Fundación Cultural de la Nobleza Española, 2006, 245 pp.

Este libro de Josef Fleckenstein —cuya edición original en alemán data de 2002— continúa los estudios sobre la caballería medieval, tema en el que sería innecesario recordar nombres —para citar solamente a estudiosos modernos— como los de Joachim Bumke, Georges Duby, Jean Flori o Maurice Keen. Sería innecesario —digo— de no tomar en cuenta que la parte principal del volumen, debida a Josef Fleckenstein, constituye prácticamente un resumen de las aportaciones hechas por los cuatro historiadores mencionados, entre muchos otros. Sin embargo, Fleckenstein proporciona ejemplos y enfoques de los hechos que ilustran la evolución de la caballería medieval en el ámbito germánico o que contribuyen a la comprensión de las primeras instancias del proceso de establecimiento de la caballería como cuerpo de elite bélica. Habría que apuntar, de cualquier forma, un matiz importante con respecto a *The Chivalry* (New Haven: Yale University Press, 1984), de Keen. Mientras éste insiste en todo momento en la necesidad de definir la ideología que sustenta al caballero como un producto cultural en el que se combinan la ética guerrera y la moral religiosa —donde la primera tiene la primacía—, Fleckenstein se inclina por caracterizar la caballería a partir de un componente esencialmente cristiano. Tan es así que el capítulo

tres se convierte en una historia de las Cruzadas más bien convencional, sin descartar que contribuye a mostrarlas tácitamente como elemento decisivo de la “homogeneización de la caballería europea”, postulada desde el título.

Esa postura relativamente conservadora puede percibirse también en la decisión de reservar a Thomas Zotz el cuarto y último capítulo del libro, donde se desarrolla el repaso por las manifestaciones más refinadas de la caballería y su legado cultural; gesto que equivaldría a etiquetarlas como accesorias, desde cierto punto de vista. A pesar de ello, Zotz da cabida a aspectos poco frecuentados por antecesores tan acuciosos como el ya aludido Keen. Aun cuando el historiador inglés trata por extenso la heráldica, no toma en cuenta el ejercicio de la caza como componente fundamental de la identidad del caballero. Al relacionar dicha ocupación con la vida cortesana y el torneo, Zotz contribuye a ampliar el espectro de indagación sobre la cultura caballeresca y avanza en un campo que, sin duda, resulta necesario para comprender las implicaciones de esa actividad en temas como el de la poesía cortés, donde los patrones regentes de sus alegorías se basan con frecuencia en la cinéptica.

Fleckenstein repasa las particularidades del feudalismo con respecto al servicio militar, y a partir de

los rasgos distintivos del reino franco y el Imperio abunda en la caracterización y evolución de *nobleza* y *caballería* como categorías que no necesariamente coincidían en un individuo o grupo de individuos. Que el anterior siga siendo motivo de malentendidos al referirse a la caballería hace ver la importancia de este legado de la civilización medieval, pero también —y sobre todo— la facilidad con que las concepciones de la cultura popular y los medios masivos de comunicación lo distorsionan con frecuencia.

El énfasis que se percibe en la institucionalización de las acciones bélicas representa el valor principal del libro. Dicha constante evita que Fleckenstein se convierta en mero retransmisor de un conjunto de información de sustento comprobado y, por el contrario, da a la diversidad política del Imperio Carolingio, a la asimilación de los normandos, a la pugna entre el Imperio y el papado —entre otros sucesos históricos— una perspectiva fresca que traza su importancia específica para la trayectoria de la caballería europea. El caso del establecimiento de las órdenes militares es de relieve semejante, por cuanto Fleckenstein insiste en la índole primordialmente religiosa del fenómeno caballeresco. Cabría preguntarse, si en verdad así fuera, la razón por la que Bernard de Clairvaux descalificaba la caballería profana de forma tan contundente al tiempo que elogiaba la nueva milicia templaria.

Dado el interés de Fleckenstein en mostrar la caballería, sobre todo a la luz de sus características en el mundo germánico, se comprende que, a pesar de que muchos de los datos y matices que el investigador aporta ya resulten familiares, la articulación sea novedosa y el lector transite sin problema por su exposición, comprendida en una introducción y los primeros tres capítulos del libro. Si se toma en cuenta que Francia ha sido desde siempre el foco de atención para estudiar la caballería europea, puede afirmarse sin perjuicio para este libro que el desplazamiento del enfoque resulta útil. Sorprende, sin embargo, no hallar notas al pie donde nadie se sen-

tiría ofendido al encontrarlas; muy por el contrario, habría alguna posibilidad de rastrear los momentos más sobresalientes de una tradición crítica cuyo volumen abrumador la hace casi siempre inaprensible.

En el mismo orden de ideas, la bibliografía —dividida en apartados correspondientes a las secciones del libro, incluida la introducción— enlista alfabéticamente algunas de las fuentes, entre libros y artículos que, por su relativa novedad y, ante todo, por su procedencia, constituyen una más de las puertas de acceso a la revisión que Fleckenstein y Zotz ofrecen a sus lectores. La traducción de José Luis Gil Aristu se lee sin los sobresaltos característicos, por ejemplo, de *La caballería*, de Maurice Keen (Barcelona: Ariel, 1986). Ningún término anacrónico dificulta o tergiversa la comprensión del texto, y no está de más agradecerlo en una época tan dada a la improvisación editorial. Por su parte, el libro es impecable en tanto objeto, y el guardapolvo, el empastado tan sobrio y las reproducciones gráficas recurrentes agregan belleza a la utilidad.

He reservado para el final el comentario al texto de Jesús Rodríguez-Velasco que precede al libro propiamente dicho de Fleckenstein. No por restarle importancia, sino en reconocimiento a que se cumple de nuevo la frase que recomienda dejar lo mejor para terminar. Transcurridos diez años de su contribución al estudio de las concepciones discordantes sobre la caballería en las postrimerías de la Edad Media castellana (*El debate de la caballería en el siglo XV: la tratadística caballeresca castellana en su marco europeo*, Valladolid: Junta de Castilla y León, 1996), Rodríguez Velasco vuelve al tema para ofrecer en casi cincuenta páginas una síntesis densa que actualiza lo mismo que pone al alcance de los frequentadores de la temática lo esencial de su libro, tan desafortunadamente fuera de catálogo. El principal mérito de esas líneas es advertir la necesidad de profundizar en el estudio de la caballería castellana a partir de sus propias circunstancias, sin sobreponerle moldes como el francés, pero sin aislarla del resto de Europa y —muy importante— sin con-

vertirla en piedra de toque de reivindicaciones identitarias o sociales trasnochadas. La bibliografía que Rodríguez-Velasco adjunta a su texto convierte este libro en una lectura necesaria para cualquier interesado en el desarrollo de la caballería medieval en Castilla.

El conjunto del volumen resulta un tanto heterogéneo, dicho lo anterior. Pero quizá los coeditores creyeron conveniente aumentar la oferta original del

libro y, al mismo tiempo, hacer de esta traducción al español una edición por derecho propio. Es de esperarse que los frutos recogidos en esta ocasión sean suficientes para advertir la necesidad de reimprimir el libro de Rodríguez-Velasco al que he aludido.

JORGE ZEPEDA
El Colegio de México